

➤ *La oración hace milagros. Ana y el sacerdote Elí (1 Samuel) (2016). La oración de los fieles cambia la Iglesia: no somos nosotros, los Papas, los obispos, los sacerdotes, las monjas quienes sacan adelante la Iglesia: ¡son los santos! Y los santos son estos, como esta mujer. Los santos son los que tienen el valor de creer que Dios es el Señor y que puede hacerlo todo.*

❖ **Cfr. Papa Francisco, Homilía en Santa Marta**

Martes, 12 de enero de 2016

1 Samuel 1, 9-20; Salmo: 1 Samuel 2, 1-7; Marcos 1, 21-28

La oración hace milagros e impide que se endurezca el corazón, olvidando la piedad. Podemos ser personas de fe y haber perdido el sentido de la piedad bajo las cenizas del juicio, de las críticas. La historia que cuenta hoy la página de la Biblia (*1Sam 1,9-20*)¹ es un claro ejemplo. Los protagonistas son Ana —una mujer angustiada por su esterilidad que suplica en lágrimas a Dios que le dé un hijo— y un sacerdote, Elí, que la observa distraídamente desde lejos, sentado en una silla del templo.

La escena descrita por el libro de Samuel nos hace oír primero las sentidas palabras de Ana y luego los pensamientos del sacerdote quien, no logrando oír nada, juzga con malévolas superficialidad el mudo susurro de la mujer: para él es solo una borracha. En cambio, como pasará luego, aquel llanto amargo está a punto de arrancar de Dios el milagro solicitado. Ana rezaba en su corazón y solo se movían sus labios, pero la voz no se oía. Este es el valor de una mujer de fe que, con su dolor, con sus lágrimas, pide al Señor la gracia. Cuántas mujeres valientes hay así en la Iglesia —¡tantas!— que van a rezar como si fuese una apuesta... Pensemos solo en una grande, Santa Mónica, que con sus lágrimas consiguió tener la gracia de la conversión de su hijo San Agustín. ¡Hay tantas así!

Elí, el sacerdote, es un pobre hombre por quien siento una cierta simpatía, ya que yo también tengo defectos que me ayudan a acercarme a él y entenderlo bien. Con cuánta facilidad juzgamos a las personas, con cuánta facilidad no tenemos el respeto de decir: *¿Qué tendrá ese en su corazón? No lo sé, pero no digo nada*. Cuando falta la piedad en el corazón, siempre se piensa mal y no se comprende a quien, en cambio, reza con dolor y angustia y confía ese dolor y esa angustia al Señor. Esa oración la conoció Jesús en el Huerto de los Olivos, cuando era tanta la angustia y el dolor que le vino aquel sudor de sangre. Pero no se quejó al Padre: *Padre, si quieres quítame esto, pero hágase tu voluntad*. Jesús respondió por el mismo camino que esta mujer: la mansedumbre. A veces rezamos, pedimos al Señor, pero muchas veces no sabemos llegar a esa lucha con el Señor, hasta las lágrimas, a pedir la gracia.

Recuerdo una vez más la historia de aquel hombre de Buenos Aires que, con una hija de 9 años desahuciada en el hospital, fue de noche a la Virgen de Luján y pasó toda la noche agarrado a la

¹ 1 Samuel 1, 9-20: 9 En cierta ocasión se levantó Ana, después de comer y beber en Siló. El sacerdote Elí estaba sentado en el sitial junto a una de las jambas del templo del Señor. 10 Ella se puso a implorar al Señor con el ánimo amargado, y lloró copiosamente. 11 E hizo este voto: «Señor del universo, si miras la aflicción de tu sierva y te acuerdas de mí y no olvidas a tu sierva, y concedes a tu sierva un retoño varón, lo ofreceré al Señor por todos los días de su vida, y la navaja no pasará por su cabeza». 12 Mientras insistía implorando ante el Señor, Elí observaba su boca. 13 Ana hablaba para sí en su corazón; solo sus labios se movían, mas su voz no se oía. Elí la creyó borracha. 14 Entonces le dijo: «¿Hasta cuándo vas a seguir borracha? Echa el vino que llevas dentro». 15 Pero Ana tomó la palabra y respondió: «No, mi señor, yo soy una mujer de espíritu tenaz. No he bebido vino ni licor, solo desahogaba mi alma ante el Señor. 16 No trates a tu sierva como a una perdida, pues he hablado así por mi gran congoja y aflicción». 17 Elí le dijo: «Vete en paz y que el Dios de Israel te conceda el favor que le has pedido». 18 Ella respondió: «Que tu sierva encuentre gracia a tus ojos». Luego, la mujer emprendió su camino; comió y su semblante no fue ya el mismo. 19 Se levantaron de madrugada y se postraron ante el Señor. Después se volvieron y llegaron a su casa de Ramá. Elcaná se unió a Ana, su mujer, y el Señor se acordó de ella. 20 Al cabo de los días Ana concibió y dio a luz un hijo, al que puso por nombre Samuel, diciendo: «Se lo pedí al Señor».

cancela del Santuario pidiendo la gracia de la curación. A la mañana siguiente, volviendo al hospital, encontró a la hija curada. La oración hace milagros. Incluso hace milagros a los cristianos, sean fieles laicos, sean sacerdotes, obispos que hayan perdido la devoción y la piedad. La oración de los fieles cambia la Iglesia: no somos nosotros, los Papas, los obispos, los sacerdotes, las monjas quienes sacan adelante la Iglesia: ¡son los santos! Y los santos son estos, como esta mujer. Los santos son los que tienen el valor de creer que Dios es el Señor y que puede hacerlo todo.

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana